

Uruguay elige este domingo Presidente

En Uruguay, el partido oficialista Frente Amplio (FA), en cabeza de Daniel Martínez, buscará este domingo un cuarto mandato en línea, pero no lo tendrá tan fácil como en elecciones anteriores. Según el periodista uruguayo Antonio Ladrada, lo más seguro es que el FA consiga la victoria en segunda vuelta, pero a su vez

perderá la mayoría parlamentaria. Tras tres mandatos consecutivos desde 2005, el partido oficialista muestra desgastes internos y hay descontentos entre la izquierda y la derecha de la coalición que formó el gobierno. Martínez ha mostrado ser una cara de centro para atraer electores. Su principal rival es Luis La-

calle Pou, del Partido Nacional, quien pese a tener una receta similar, su discurso está más cercano a la derecha. Además, los uruguayos también votarán un polémico plebiscito sobre una reforma a la seguridad que, según sus opositores, representa una amenaza a los derechos humanos en el país.

sión de las libertades.

“Chile tiene la desigualdad de ingresos más pronunciada entre los países industrializados y, según el Banco Mundial, es sustancialmente más desigual que todos sus vecinos. La paradoja es que el mismo modelo que le permitió a Chile aumentar su riqueza y reducir la pobreza, ha traído una profunda desigualdad, que se traduce en una sensación de precariedad para amplios sectores de la clase media emergente”, comenta Noam Titelman, investigador de la London School of Economics and Political Science.

El presidente Piñera, que quiso calmar la tensión anunciando una serie de medidas económicas para paliar la desigualdad, no obtuvo el beneplácito de la calle, donde las masivas manifestaciones no paran.

Piñera curiosamente resultó electo con el proyecto de desechar algunas de las reformas de su antecesora, Michelle Bachelet. “Por ejemplo, uno de sus proyectos estrella era una reforma tributaria que disminuyera en US\$800 millones el pago de impuestos de, principalmente, las empresas más grandes del país. Quizás por eso no supo cómo reaccionar ante el levantamiento de la agitación social en un primer momento”, añade el analista.

Sin embargo, la realidad chilena no es ajena al resto del continente. Según el último Latinobarómetro, las sociedades latinoamericanas muestran gran insatisfacción sobre la salud de sus democracias. El respaldo cayó en 2018 hasta el 48 %, el índice más bajo desde que se iniciara esta medición.

“Las protestas atienden a un agotamiento del ciclo político histórico, sintiendo definitivamente el fin del boom del esplendor económico que vivió la región desde el año 2000 hasta 2013, cuando comenzó la desaceleración. Desde el punto de vista político, se basa en el agotamiento del modelo neoliberal como paradigma de la crisis de comienzos del siglo XXI, cuya respuesta fueron gobiernos bolivarianos, que también afrontan profundas crisis, lo que lleva a la región a una situación de orfandad”, apunta Aníbal Pérez-Liñán, Catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Notre Dame sobre las causas del estado actual del continente.

Elecciones y conflicto social

Con ese panorama social de fondo, este domingo Argentina y Uruguay van a las urnas para decidir su futuro político (Colombia lo hace también, pero a escala regional). El viraje conservador experimentado en el continente en los últimos años podría verse contravenido por el regreso de postulados izquierdistas.

La derecha argentina de Mauricio Macri se ha demostrado capaz de formar un gobierno de coalición en el espectro liberal-conservador de un país marcado por la fuerte presencia peronista. Sin embargo, los resultados económicos resultantes de su gestión no han sido positivos, lo que ha dado aliento a Alberto Fernández (peronista) y a su fórmula vicepresidencial, la expresidenta Cristina Fernández, a recuperar posiciones, tanto en las primarias del

pasado agosto como presumiblemente este domingo, en el que las encuestas aseguran prácticamente su victoria.

En Uruguay, por su parte, el Frente Amplio, la coalición de izquierdas que está en el poder desde hace 15 años, vive en estos comicios una situación más complicada, ya que, según las encuestas, aunque logre mantener la presidencia podría llegar a perder la mayoría de la que ha gozado durante la última década y media.

“Es natural que la izquierda retome el poder si la derecha no ha sabido hacer una buena gestión. Sin embargo, parte de la izquierda no consigue ser creíble en cuanto a sus credenciales democráticas”, apunta el experto Pérez-Liñán. Una situación presente que afecta, por ejemplo, a los gobiernos de Bolivia, Venezuela o Nicaragua.

“La izquierda Latinoamericana sabe revivir en momentos de crisis. Cuando pierden el poder se convierten en una oposición férrea que logra movilizar a cantidades importantes de personas ante la inoperancia política de los gobiernos que, ocupados en la administración, pierden el control y la percepción social de sus ciudadanos”, destaca el jurista Jorge Talavera. Una postura que se podría relacionar con los últimos episodios de crisis política en Ecuador, donde el ahora opositor —y fugado— Rafael Correa, ha sabido canalizar las protestas indígenas contra Lenín Moreno asumiéndolas como propias.

Pasado y redes sociales

La historia del continente siempre ha estado vinculada a episodios de protesta y

» **Este domingo Argentina y Uruguay regresan a las urnas para decidir sobre su futuro político. El viraje conservador en el continente durante los últimos años podría cambiar.**



Tras las elecciones, en Bolivia hubo marchas.

malestar con sus dirigentes. “La protesta es parte esencial de nuestros pueblos”, señala Jorge Talavera, licenciado en Derecho de la Universidad de Quetzalcóatl (México). “Todo aquel que pretenda hacer política en la región debe saber que ‘sentimiento mata dato’, y que se debe llegar primero al corazón antes que a la cabeza para poder triunfar políticamente en nuestros pueblos. La desesperanza y la violencia, son parte fundamental de nuestra historia. Los grandes movimientos sociales y políticos de la región se construyen con estos dos elementos: la desesperanza de un presente absurdo, caótico y poco prometedor; y la violencia, un elemento que permite generar poderes fácticos que se adueñan de una causa, un territorio o incluso un grupo de personas”, añade Talavera en referencia a lo importante de lo visceral en la política latinoamericana.

En la actualidad, la movilización ha mutado hacia otros escenarios y tiene otros referentes, como las redes sociales, un elemento dinamizador de las protestas capaz de congregarse a miles de personas en unos minutos.

“Las redes sociales son un factor muy importante, sobre todo a partir de las revueltas callejeras de Brasil en 2013. Lo son en dos sentidos: primero, porque permiten conexiones entre actores sociales que generan una movilización rápida y no necesariamente organizada; y segundo, porque crean comunidades de personas que piensan parecido, lo que genera cámaras de eco y favorece la polarización social”, analiza Pérez-Liñán.

Es por eso que las protestas parecen formar parte hoy de un escenario global. Las redes sociales actúan como espacio de expresión de las frustraciones y la indignación, ambos elementos fundamentales en las manifestaciones políticas de los últimos meses en los países latinoamericanos. “Las redes han servido como un megáfono no solo para la movilización, sino también para alzar la voz sobre los problemas socio-políticos y económicos de la región”, destaca Amir Richani.

La actual oleada de protestas en el continente nace de la inoperancia de unos gobiernos para canalizar la situación económica, principalmente. Ello, sumado a la corrupción endémica y la fragilidad democrática, hace que el escenario en la región se complique por momentos.

Según el analista Aníbal Pérez-Liñán, Latinoamérica “no ha sabido desarrollar su economía al tiempo de los ciclos económicos internacionales para así proteger a su ciudadanía”, lo que hizo que sus gobiernos gastaran en época de bonanza y recortaran tras la recesión, lo que ha agudizado una crisis que ha cristalizado a todos los niveles de la sociedad.

Entre los muchos retos que tiene que afrontar la región, se encuentran, como apunta el experto Amir Richani, “la protección de la democracia, la mejora de parámetros socio-económicos y el saneamiento de la ola de corrupción”, medidas sin las que el continente no podrá reconciliar a sus sociedades con su clase política. ■

MARÍA TERESA AYA SMITMANS *

Chi Chi Chi Le Le Le

Viendo a los estudiantes protestar por el precio del metro y luego cómo escalaban estas protestas, la primera pregunta que me surge es: ¿por qué? ¿Es realmente el precio del tiquete del metro tan caro? Empiezan los cacerolazos y recuerdo entonces algunas imágenes en blanco y negro de la televisión, las imágenes de la “Marcha de las cacerolas vacías” contra Allende en 1971. En ese momento sonaban en contra del desabastecimiento; era una protesta que nació en la burguesía chilena y se extendió a todas las mujeres. ¿Por qué suenan hoy las cacerolas?

Lo hacen por el alza en los transportes, los salarios bajos y el costo de los servicios públicos, que se mezclan con las quejas por las deudas por la educación y, también, con los saqueos a supermercados, farmacias y negocios pequeños de gente que con gran esfuerzo los estaba sacando adelante. Es una protesta que se extiende más allá de la capital, más allá de los trabajadores y más allá de los estudiantes. Hay quienes bailan cueca en las protestas y también quienes se agreden mutuamente. Aparecen entonces los carabineros y los militares a restablecer el orden; pero el fantasma de la dictadura se atraviesa y el verde oscuro parece ser de nuevo el enemigo del pueblo más que su defensor. La memoria, selectiva como lo es ella, se convierte en un obstáculo para que la Fuerza Pública restablezca el orden y, en el fuego que avivan las protestas sobrepasando casi su causa original, el llamado a una redistribución de la riqueza, justificado en una sociedad donde, según la Cepal, el 1 % del país es dueño de cerca del 27 % de la riqueza, mientras que el 50 % más bajo accede solo al 2,1 % de ella.

Los recursos en manos de pocos es un problema generalizado en América Latina y la causa de un gran resentimiento social. Chile, confiado de que era el país que más había bajado la tasa de pobreza en la región en los últimos años y en que era un ejemplo de desarrollo, no se esperaba una debacle del tamaño que hemos visto. Toque de queda, más de tres mil detenidos, incluidos menores de edad, heridos con armas de fuego, y la pregunta cambia, ya no es: ¿por qué las protestas?, sino, ¿cómo salir de esto?

Las manifestaciones en Chile se suman a las de Hong Kong, Líbano y España; en la región a Ecuador, Haití y, también, Colombia. Son protestas que anuncian expectativas que no se cumplen. El gobierno francés experimentó el año pasado movilizaciones lideradas por los chalecos amarillos y, luego de un primer momento de sorpresa e incertidumbre, el gobierno de Macron llamó a un gran debate nacional del que salieron propuestas para abordar temas centrales del gobierno, incluida una nueva mirada a la democracia.

Lo que está en crisis hoy en Chile y la región, para atreverme a contestar el porqué, es el modelo de una democracia que además de ciudadana tiene que reescribirse en un modelo más equitativo y más justo. La imagen de un soldado bailando cueca en Rancagua con una activista me hace pensar en que Chile puede salir adelante y ser ejemplo, otra vez, de un modelo de desarrollo, uno en el que la redistribución de la riqueza tenga un capítulo, un capítulo que defina el modelo de sociedad que se quiere. El “¿cómo salir de este momento?” es un trabajo entre el Congreso y el Ejecutivo, un trabajo conjunto con la sociedad civil, un trabajo donde el primer paso es escuchar.

* Profesora Escuela de Relaciones Internacionales - Universidad Externado de Colombia.